

perversa y pobre imágen que le ha inspirado su educación literaria!

Pero veamos, indaguemos todavía mas en los repliegues de esta imaginación tenebrosa, tortuosa, ardiente, que organiza semejante escena. La defensa reprocha amargamente á Mauricio Roux el haber respondido, cuando el señor primer Presidente le obligó á dar una explicación del atentado cometido contra su persona:—«Acaso fué porque yo habia hablado en la cocina de un infanticidio.»—Pero notad bien que no lo afirma. No ha dicho de eso ni una palabra durante todo el curso de la instrucción. ¿No es fácil la explicación de esta nueva simpleza? ¿Acaso no se habia hecho, segun los absurdos rumores que circulaban, una necrópolis de recién nacidos del sótano de Armand? Por todas partes se decia eso. ¿No se pudo decir á Roux: «Vuestro amo os habia querido matar porque os hallabais en el sótano, y como este es un verdadero cementerio, temeria que llegaseis á descubrir los huesos de los niños que en él están enterrados?»—Enorme tontería que muy bien pudo producir su efecto en el ánimo de un tonto, y que explicaria como vino á dar tan néciamente tal explicación en esta audiencia.

Dejemos todo esto, señores, y vamos á los hechos. ¡Ah! es fácil abrumar á un hombre con epítetos. Hay muchos adjetivos en la lengua, pero recorriendo el diccionario quizá no se encontraria una lista mas larga que la que ayer se os presentó: prostituido, embustero, jugador, ladron, etc.

Pero aquí no debemos pagarnos de palabras, ni manifestar hácia un desgraciado un aristocrático disgusto para evitar que se le juzgue; no se debe matar moralmente á un hombre con vanos epítetos, despues de haberlo anonadado físicamente; ¡eso seria demasiado! ¡Cómo ha jugado, cómo ha robado! Permaneció nueve años en casa del señor Madier de Lamartine. Era buen cochero, trataba bien á los caballos, era fiel, irreprochable bajo el punto de vista de la probidad, y el señor Madier no queria otra cosa. Indulgente para los demás, su amo le decia: Pasea los caballos por el dia, pero al anochecer cuando hayan tocado las oraciones te dejo en completa libertad; lleva los caballos á la cuadra, cúdalos, y no me preocuparé de lo demás. La prima del señor Lamar-

tine se alarma por las inquietudes que el cochero despierta en el corazon de su camarera; fué á ver á su pariente, y le dijo: «¡Teneis un cochero muy entrometido!»—«Tengo un buen cochero, estoy contento de él, y lo conservo; á vos os toca guardar á vuestra camarera,» respondió el señor de Lamartine.—¿Qué hallais de extraño en esto? En definitiva, menester es interrogar aquí á la naturaleza. ¿Acaso de los 20 á 25 años no tienden á desbordarse las pasiones? Pues bien, Mauricio Roux era galanteador, y cometió la indignidad de cortejar á la camarera de la prima de su amo. Esto es lo que resulta del proceso.

En cuanto al arresto á mano armada de que se ha hablado, es una grosera fábula, desmentida por el testimonio del señor Madier de Lamartine. La iniciativa de esta fábula es debida á la imaginación de un periodista que pretende en una carta haber oido referir á Mauricio Roux que fué objeto de un arresto á mano armada una vez que era portador de una suma de dinero; esta escena se supone que pasó el 17 de Noviembre, y el redactor pretende que aquel era un abominable cuento inventado por Mauricio Roux. Si las noticias políticas que ese periódico da á sus lectores son tan exactas como su crónica epistolar, ¡qué mal informados estarán!

Pero sigamos la carrera de Mauricio Roux; se vá de casa del señor de Lamartine, y entra en la del señor Félix, hombre tambien tan respetable como su anterior amo. Solo que aquí las riendas de los asuntos domésticos eran tenidas por manos mucho mas severas; así pues, al cabo de ocho meses, segun creo, Mauricio Roux vió que no le convenia la colocación, porque sus hábitos habian cambiado; por su parte el señor Félix no estaba contento de él, y se se separaron. Parece que Mauricio Roux habia mentido, y que habia cometido la torpeza de desplegar su ordinaria galanteria con las demás criadas; esta es una debilidad por la que no le coronó de rosas, pero no soy tan severo como la defensa que querria que se le ahorcara por esto.

El señor de Félix, que tiene buena memoria, nos dijo en qué circunstancias mintió; no sostiene largas discusiones con sus criados, pero tiene el gran mérito de no anonadarlos á fuerza de golpes en la nuca. Mauricio Roux le dijo: «Salgo de casa del señor de

Lamartine,» y era verdad; sin embargo, no tiene expansiones con su amo, que á primera vista le parecia bastante rudo; no le dice: «Fui á pasar en París tres meses con las economías que habia hecho en nueve años en casa del señor de Lamartine.» ¡Disimulo! ¡Grandísimo embustero que representa una comedia sobre la que es menester, exclama la defensa, fijarse mucho!

Pero Mauricio Roux mintió otra vez..... dijo que habia pasado todo un dia durmiendo bajo un baya, y ocultó con el relato de un cuento todos los goces que quizás le habia procurado la realidad. Verdaderamente era menester que el señor de Félix fuese muy inflexible para que por dos pecadillos semejantes despidiera á su criado.

Estos dos hechos bastan para mostrar la intensidad del hábito de mentir que tiene Mauricio Roux; ya veis en qué circunstancias y cómo mintió.

Tengo prisa por llegar á los cuadros que, á pesar mio, pueden tener una fisonomía cómica. Conozco que no son para mi carácter.

Mauricio Roux sirve en casa del señor Duplessis. Es este un hombre excelente, un magistrado; pero seguramente no peca tampoco por exceso de debilidad, y creo que durante el período que siguió á su salida de casa del señor de Lamartine, el desgraciado Mauricio Roux hubo de exhalar muchos suspiros. Abandonó el servicio siendo sustituido en él por uno de sus colegas. ¿Tiene el señor Duplessis graves reproches que hacerle? Cuando se fué Mauricio Roux se encontraron quince botellas escondidas entre la paja de la cuadra, y ¡las botellas no estaban llenas!..... Pero debe considerarse tambien que habia en la casa otros dos criados del mismo sexo que Mauricio Roux, los cuales no siempre estaban de acuerdo entre sí, como lo prueba la escena de pugilato que se nos ha contado, escena muy agena al proceso.

Ocurrió despues un gran acontecimiento en la casa del señor Duplessis luego que se hubo marchado Mauricio Roux: no se encontró un baston; estas son catástrofes que ocurren de vez en cuando aún en las casas mejor organizadas. Yo tengo amigos que pierden un baston cada mes por término medio, y que, sin embargo, no acusan nunca á sus criados de haberse lo robado, y el señor Duplessis, hombre tan re-

servado, despues de haber consignado el hecho, os ha dicho: «No puedo sospechar que Roux cometiera aquel latrocinio.» Ved aquí lo que tenia que decirnos en cuanto á lo de ladron.

Ahora, convengo, como lo decia en una original deposición Teodoro Segala, en que Mauricio Roux está enamorado de sí mismo; su físico le procuraba satisfacciones á las que él daba gran valor. ¡Es un cochero! ¡Vosotros decís que es novelesco! El señor Presidente le preguntó: «¿Es V. novelesco?» Recordad su contestación: «No, yo soy sirviente.»

Cuando quiere procurarse algunos goces, no son goces puramente cerebrales los que él busca, creedlo; es demasiado grosero para eso. Enamorado de sí mismo, va á gastarse ochenta francos, como decia la defensa, á casa de un perfumista. ¡Qué enormidad! Pero los perfumistas en Alaix venden tambien camisas y calzado, y Mauricio Roux se vistió de piés á cabeza con el dinero que se decia que habia invertido en esencias y pomadas para su uso.

Se cometió un infanticidio. Restablezcamos tambien aquí la verdad. El nombre de Mauricio Roux no se halla en el proceso de infanticidio, en el que no figura él ni como testigo. Cuando se ha dicho: «Teneis un trágico recuerdo en vuestro pasado..... Aquella jóven, Filomena Dessert, se hizo criminal porque la hicisteis madre,» él ha contestado lo que el derecho civil autoriza que cada cual conteste cuando uno es acusado de semejante cosa: «Aquel niño era un hijo anónimo, y mi paternidad es discutible.» ¿Cómo probar, en efecto, esta paternidad? ¡A montonad discursos sobre discursos, poned la mas seductora elocuencia al servicio de vuestra causa, y tratad de probarnos que Filomena Dessert era casta con todo el mundo excepto con Mauricio Roux! Es preciso aceptar la declaración de Mauricio Roux tal cual es. El dice: «Aquel niño fué muerto contra mi voluntad; hallábame ausente hacia tres meses; aquel hijo no era mio.»

Quiero acabar este retrato. No habria tenido yo la pretension de hacerlo; pero como pretendisteis trazarlo ayer, he querido destruir hoy vuestro diseño.

Se ha hablado de deudas, y hay que decir que su padre las pagó. Pero, ¿acaso el dinero del padre no

es del hijo? ¿No hay entre ellos comunidad completa? ¿Se puede reprochar á Roux que se marchara de Alaix sin haber pagado lo que debía? La imputacion está desmentida por la instruccion del proceso y por los hechos que conoceis.

Ved sobre este punto mi conclusion: Mauricio Roux, representado con tan sombríos y tan falsos colores, no es en definitiva mas que un simple mortal, un simple cochero; tiene los vicios y los defectos inherentes á su condicion, á su educacion, los cuales son tambien consecuencia de la libertad que le dejaba el señor de Lamartine; su juventud, sus pasiones lo han extraviado algunas veces; es un criado, como él mismo ha dicho; pero tiene una virtud que no le ha faltado nunca en su pasado y que ha resistido á todas las investigaciones de que ha sido objeto, su probidad. Si en vez de ser testigo estuviera en el banco de los acusados, habríamos oido, no la amarga crítica de este desgraciado, sino los pomposos elogios de sus virtudes.

No incurriré yo en la falta que he reprochado á los defensores, y al llegar á trazar á mi vez el retrato de Armand, no me permitiré exageraciones y excesos que la informacion rechaza y que la verdad no admite. Pero digo esto: es posible que Armand dé monedas de oro con una mano, pero da bastonazos con la otra; él siempre ha de dar alguna cosa..... Es violento, es brutal en ocasiones. Quiero respecto de él interrogar á la naturaleza en el hecho, en el acto; no quiero analizar las deposiciones de los testigos; en este punto me confío á vuestra memoria. Testigos que le son favorables os dicen que era violento, que tenia la mano muy ligera. El arquitecto á quien habeis oido es un hombre casi de su condicion social, que ejerce una profesion liberal; por su inteligencia, se halla al mismo nivel que él. Un día se le presentó en su casa para que le pagase una cuenta; Armand no la abona; ya muchas veces habia despedido al arquitecto sin pagarle. No quiero investigar si tenia razon para ello, pero en fin, sintióse ofendido el arquitecto y le dijo: «No es maravilla que seas rico si de este modo pagais á vuestros acreedores.» Inmediatamente, no limitándose á protestar contra aquella inconveniencia, Armand se precipitó sobre el arquitecto para pegarle.

Os acordareis del constructor de coches y de la amenaza que le hizo. ¿No vale aquella amenaza un golpe? ¿No indica un hombre á quien la cólera le ciega, en ciertas ocasiones, que no es dueño de sí, y que se deja arrastrar á actos de brutalidad? Ya sabeis lo que dijo el constructor de coches y de carros; preparaba una carreta que tenia que entregar á Armand, y hallándose éste en el establecimiento de aquel y viendo que la carreta no estaba concluida, levantó el baston, se adelantó furioso, amenazando al testigo. Los constructores de carros, lo mismo que los carboneros, son amos en sus casas respectivas, y aquel dijo al punto á Armand: «Mirad, salid pronto de mi casa; no conteis con la carreta.» Promuévese una discusion, y viendo Armand que iba á llevar la peor parte, se salió del taller.

José Blanc ha hablado de los golpes que recibió en la cabeza, y nos ha dicho en qué circunstancias; el criado Pargoire, que estaba presente, nos ha hecho un relato minucioso, detallado; no quiere mal á Armand, puesto que rinde homenaje á algunas cualidades suyas; él nos dice: «Tuve que llevarme al amo que daba mal ejemplo á sus criados, luchando á brazo partido con su carretero, y lo acompañé hasta la cocina; pero se me escapó de las manos y dió un golpe á aquel hombre en la cabeza; yo lo ví, y la sangre le corria por el rostro.»

Se ha hecho venir una multitud de testigos,—no quiero decir en qué hotel paran, aunque lo sé,—que afirman bajo juramento haber estado presentes á aquella escena en la cual, segun ellos, el provocador fué el criado, no el amo. Vosotros apreciareis estos testimonios. ¿Cómo puedo discutir con tales elementos? La defensa podrá muy bien suscitar desconfianzas y dudas contra los testigos que nosotros presentamos, valiéndose de fórmulas generales, pero yo no la imitaré; vosotros apreciareis los nuestros, y vereis qué interés puede tener hoy el testigo Pargoire para afirmar el hecho de que he hablado.

En cuanto al de Gervais, no ha producido la defensa ningun testigo; otros presenciaron tambien la escena, pero no han podido ser citados, porque el señor Gervais ha sido encontrado muy tarde. Sorprende su declaracion. Armand dijo: «No lo conozco, no le he visto nunca en mi casa;» y Gervais respon-

dió: «Yo os conozco demasiado, os he servido, y un día que volvía con las bestias de la labor, me dirigisteis reproches en los términos que os son familiares (ya recordareis que Armand llama á sus trabajadores: *hato de rocines, hato de canallas*); me empujasteis contra una pared y todavía llevo la cicatriz de la herida que me causasteis. Me derribasteis por tierra y me digisteis: «Si hablas, te mato.» La defensa habia reproducido inexactamente estas palabras, diciendo: «Si dices una palabra mas, te mato.»

Mauricio Roux no puede haber ejercido ninguna influencia ni presion sobre este hombre. Eso es evidente. ¿Con qué argumento se pretende destruir la deposicion de Gervais? Se dice: «No tiene domicilio; es un campesino de la Carrière que viene á los departamentos meridionales, mas ricos, á prestar sus servicios, á ganar algo trabajando por días. Su domicilio lo tiene en un pajar donde mora; su moviliario lo constituye su herramienta que lleva en la mano ó á la espalda.»

No veo en esto nada que pueda indicar que este hombre haya venido á prestar una falsa declaracion, porque ¿os atreveriais á pretender que la miseria excluye la sinceridad?

Así, pues, Armand era violento; la cólera, que es mala consejera, lo cegaba á menudo, y acontecíale, tan irresistibles eran sus arrebatos, que levantaba el baston, ó las manos sobre desgraciados á quienes habria debido respetar tanto como á los demás. No pretendo que así haya apaleado á todos los habitantes de Manguio; ya no existiria, si se hubiera entregado á un ejercicio de ese género.

Se nos habla del Círculo adonde va habitualmente y donde parece que no ha apaleado á nadie... Lo creo; si semanal ó mensualmente hubiese apaleado á uno de los miembros de aquella sociedad, ya no viviria; si tuviese tales hábitos, las condenas se habrian acumulado sobre su cabeza; pero en ciertos momentos, el bienhechor de génio áspero no se limita á palabras, y para dar curso á su violencia coje un baston ó un palo, lo levanta y apalea con él.

En este estudio de la fisonomía de Armand presenciando de la declaracion de algunos testigos cuyas deposiciones han sido criticadas por la defensa, principalmente del señor Touchat, condenado á seis meses

de prision por robo, lo que prueba que la justicia de Montpellier no se engaña siempre, y que es perspicaz algunas veces.

Pasemos al estudio del móvil del crimen; aquí es donde reclamo toda vuestra atencion. Al cabo de estos laboriosos debates, habeis llegado al momento mas fatigoso de vuestra obra; no querria yo abusar de vuestra paciencia; pero aquí está el nudo del proceso. Voy á demostrar con qué maravillosa habilidad se deslizaba ayer la defensa por pendientes que han de serle fatales.

La defensa ha sido bien injusta, nos ha dirigido epítetos muy rudos y muy inmerecidos. La nueva acusacion, decia, (la que la leal generosidad del señor procurador general formulaba ayer ante vosotros), es, comparada con la de Montpellier, atroz; tal es la palabra que ayer se pronunció, y os bastará que defienda al ministerio público de semejante imputacion.

En Montpellier se os decia: «Bajasteis á un sótano en el que se ballaba vuestro criado, y lo anonadasteis sin piedad á golpes; despues, encarnizándoos con el cuerpo del herido, lo extrangulasteis, lo agarrotasteis, y tratasteis de quitar un resto de vida á un hombre que agonizaba; habeis cometido una tentativa de asesinato con premeditacion, y la pena que os aguarda es la pena de muerte.»

Ayer dijo el ministerio público: «Armand, habeis sido desgraciado, habeis sido violento, brutal; olvidasteis que se debe respetar á los hombres, cualquiera que sea su condicion; que abusar de la fuerza física y brutal es siempre una falta, no solo respecto á la víctima, sino tambien respecto á uno mismo; levantasteis la mano contra vuestro criado por un motivo fútil; lo golpeasteis para infligirle una correccion, y el golpe que le disteis produjo consecuencias que no esperabais; se os imputa que habeis cometido un crimen, un crimen castigado con la pena de muerte. Os acusamos de haber cometido primeramente un delito; despues, espantado ante el resultado, os habeis dejado arrastrar á ocultar aquella desgracia con un crimen.» Ved aquí la *atrocidad* del ministerio público; ved aquí la justificacion del epíteto, sin duda irreflexivo, que nos dirigiais ayer. Y cuando todas nuestras aspiraciones,—me prewalgo aquí con orgullo de la individualidad del ministerio público,—tendian á ser

moderadas, razonables y justas, nos dirigís una expresión que nos habría matado si la hubiésemos merecido. Pero estoy seguro de que en este momento, y en presencia de las explicaciones que doy, lo sentís en lo íntimo de vuestra alma.

Veamos ahora cual fué el móvil de Armand, y examinemos como aquí todo va á ser natural, como las proposiciones se encadenan unas á otras. Tenemos un sexto sentido; este sentido es la razón, mas infalible que los otros. El móvil de Armand no puede ser determinado, y de ello deducís que no cometió el crimen que se le imputa. Veámoslo.

Se dijo de su casa que era una *barraca*. El arquitecto á quien oísteis le había dicho que se había hecho rico no pagando sus deudas, y ya sabéis lo que sucedió.

Revistió la misma fisonomía. Armand estaba profundamente irritado; no quería matar, pero quería añadir un nombre á los de José Blanc y de Gervais, á la lista que él guarda en secreto y que no conocemos entera. El criado faltó, fué insolente: «Pues bien, voy á enseñarte si mi casa es una *barraca*» Ved como la palabra indica la medida, la intensidad de la cólera. El criado se halla encorvado delante de un monton de leña; Armand está de pié con el leño de que ha echado mano tal vez en el sótano, no lo sabemos ciertamente; quizá lo que tiene en las manos es un baston relleno de plomo; pero en fin, tiene un arma, poco importa cual sea. Está derecho, y la fuerza del golpe aumentará en razón directa de la distancia que el proyectil habrá de recorrer para llegar hasta la nuca del criado. Levanta el brazo, y lo deja caer. Mauricio Roux, en vez de incorporarse, y de emprender una de esas luchas que son familiares á Armand, cae boca abajo; las contracciones se descubren en su rostro...

Comienza entonces á rugir la tempestad; Armand se diría: me encuentro en un instante supremo, y de lo que voy á hacer, de mi sangre fría, de mi presencia de espíritu, va á depender todo mi porvenir, ¿qué digo, mi porvenir? ¡mi libertad!—Se cree en presencia de un cadáver. Está aterrado, teme las consecuencias, las penas que pueden imponérsele. Es menester que huya! piensa entonces. Pero no puedo huir sino afectando sangre fría, y cubriendo mi ros-

tro con una máscara. No puedo salvarme sino por mí mismo. ¿Qué haré? Veamos: fíjemos un asesinato.—Atale las manos de la víctima á la espalda, y amárrale luego los piés. Esto indicará la intervención de personas extrañas, que fué la primera explicación que dió cuando se encontró el cadáver. Se dejó sobre él su pañuelo, esta tarjeta de que hablabais; atribuido á su imprevisión, ó á otra circunstancia fortuita, que yo creo, á que se le cayó su pañuelo y cuando luego lo recogió lo confundió con el de su criado. En fin, para completar las apariencias de un crimen cometido por mano de un desconocido, enrolla alrededor del cuello de este hombre, á quien cree haber matado, la cuerda que sabéis y que determinó la extrangulación parcial.

Señores, en esta exposición he prescindido de las reglas oratorias, y no he querido hacer otra cosa que recordaros los hechos de la acusación. Sin embargo, deseo haceros una observación sobre el hecho de no estar atada la cuerda del cuello. ¿No tenía nudo? La observación que quiero haceros cada uno de vosotros se la ha podido hacer en vista de la situación que acabo de describir. ¿Un hombre del carácter de Armand, que no es habitualmente malo, que no lo es sino con intermitencias, no pudo, en un momento de cólera, lanzarse primeramente á la ejecución de un acto criminal, y luego, cuando se encontró ante un cadáver, atar los piés y las manos de su víctima para disimular las apariencias? La cosa es evidentemente posible; pudo ir hasta allá con su sangre fría. Pero cuando se trataba de aquella cuerda que rodeó al cuello, de aquella fúnebre corbata de cáñamo, ¿cómo no pudo producirse en el espíritu de este hombre, que no quiso matar, una grande agitación? ¿No pudo sospechar que aún quedaba un resto de vida á su víctima, y detener su mano no atreviéndose á hacer el nudo fatal? Todo esto es posible, y ¿no veis, señores, cuán naturalmente se explica todo?

El interés que tenía Armand en disimular era inmenso. Guardaba en su conciencia un terrible secreto; pero se había salvado. El, dos veces millonario, habituado á las comodidades, á todos los goces de la vida, rodeado del afecto de toda una familia, sabía que la menor imprudencia, un gesto, una mirada, una palabra podía perderle y cambiar tanta felicidad

por el infortunio y la infamia. Tenía, pues, indiscutible interés en disimular, y en esto se encuentra la única explicación razonable de su conducta.

Tales son los móviles de Armand, los sentimientos y las terribles pruebas que agitaron su alma, las pasiones y los instintos á que cedió.

Por el contrario, ¿pudo tener Mauricio Roux un móvil cualquiera para el acto que le imputa la defensa? Examinemos ahora esta cuestión.

Mauricio Roux buscaba colocación el 5 de Julio, según ha dicho aquí un comerciante de Montpellier. Mauricio Roux insistía para entrar en su casa, y siendo un hábil cochero, y teniendo favorables certificados de sus antiguos amos, y pudiendo presentarse el día siguiente y obtener una colocación ventajosa, ¿sabéis qué resolución toma? La de extrangularse, y ¿en provecho de quién? Sin duda, en favor de sus herederos. A fé mía, señores, que la suposición me parece excesiva, y creo, por lo que á mi toca, que me bastará demostrar que una extrangulación formal no pudo ser ejecutada por Mauricio Roux para echar por tierra todo ese andamiaje.

En efecto, señores, el sistema de la defensa consiste en decir: Mauricio es un solemne traidor, ha representado hábilmente la lúgubre escena del 5.º acto ó del 10.º cuadro; pero desgraciadamente para él cuando hizo ademán de herirse con el puñal, la hoja de este no se escondió en el puño y le hirió el pecho. Señores, estas son frases, y nada más. Aquí se trata de una extrangulación con una cuerda, y notad en qué condiciones se hizo, según la defensa. Ved á Roux fingiendo la extrangulación; comienza por atarse los piés, porque querria conservar hasta el último momento la libertad de la respiración; luego, en esta cómoda posición, se arrolló delicadamente al cuello la cuerda de tres metros que conocéis. Se vió obligado necesariamente á hacer esta operación antes de atarse las manos, porque es evidente que teniéndolas atadas, le habría sido imposible ejecutarla. ¿Es esto posible? ¿Es admisible? El absurdo de esta explicación es un argumento irrefutable contra la defensa.

Mauricio se ató, pues, las manos á la espalda con tanta facilidad como si por espacio de seis meses hubiera estado tomando lecciones del doctor Gromier. Luego, hecha esta operación, se produjo, siempre se-

gún la defensa, el extraño fenómeno que he visto indicado en una de las Memorias publicadas. Un marinero que no tenía atadas las manos á la espalda, tuvo la desgracia de arrastrarse por la noche y de dormirse con una corbata mal atada; no sabemos que pesadilla tuvo durante el sueño, pero parece, según la Memoria, que á la mañana siguiente se le encontró medio extrangulado. Las corbatas no son por lo general funestas hasta ese punto. Mas sea lo que quiera, menester es que así pasen las cosas, puesto que la cuerda no estaba atada con un nudo al cuello de Mauricio, y sin que se haya tirado de sus extremidades determinó una presión naturalísima sobre los órganos respiratorios y extranguló, á pesar suyo, al traidor que organizó aquella infamia.

Se os ha dicho que Mauricio Roux tuvo la pretensión de hacer *cantar* al señor Armand. La palabra es de mal gusto; pero su acepción ha pasado al lenguaje, y se ha empleado con frecuencia; abrigó la esperanza de hacer *cantar* al señor Armand. Pues bien: si así fué, me permitiréis á lo menos que crea que despues de haber organizado aquella complicada escena, debió procurar su buen éxito, y no matarse en favor de sus herederos.

Pero si una cuerda, se dice, no se encoge por sí misma, la tumefacción del cuello basta para estrecharla: admitámoslo; pero, ¿fué instantánea la hinchazón del cuello? ¿Fué tan rápida como un rayo? ¿Pasó de pronto este histrión que representaba una comedia del estado normal al de hombre peligrosamente enfermo? No, eso no es posible, y los fenómenos de que habla la defensa no se produjeron sino progresiva, gradualmente. Así, pues, cuando Mauricio Roux, el comediante, viera que la cuerda le molestaba (porque no dormía como el marino de la Memoria, que cometió la imprudencia de no quitarse la corbata al acostarse), cuando Mauricio Roux viera, digo, que la cuerda le molestaba, podría aunque tuviese atadas las manos á la espalda, puesto que él mismo se las amarró, habérselas desatado para arreglarse un poco aquel aparato del cuello que le incomodaba.

¿Cómo creer, aún suponiendo que Mauricio Roux se quebrara tanto la cabeza para preparar aquella fingida escena sin precedente, que no sintiese des-

pertarse en él el instinto de propia conservación, y no emplease todos los medios posibles para librarse de las funestas consecuencias de que se veía amenazado? Esto es imposible, y para mí es evidente que se habría desatado las manos, que se habría preparado mejor aquella cuerda que le molestaba demasiado desde un principio, y que no habría dejado que la extrangulación llegara hasta el punto en que la asfixia le hubiese privado de la percepción de las cosas exteriores. El instinto de la propia conservación se habría despertado en él; hay aquí una razón de fuerza mayor, y este hombre, en semejante caso, no se habría dejado ir, sin tratar de defenderse, ni dar siquiera un grito, hasta las puertas de la muerte.

Creo haber demostrado de una manera irrefutable para hombres que abren los ojos á la razón, que es imposible admitir que haya habido ficción por parte de Roux.

Pasemos ahora á la cuestión de la *coartada*. Aquí tengo que añadir algunas nuevas consideraciones al proceso, y os ruego que me prestéis toda vuestra atención. Estas consideraciones que no han sido vistas durante el curso de estos debates, resultan del empleo que Armand hizo del tiempo durante el día 8 de Julio. La *coartada* es un arma que salva ó que mata; así, pues, veamos las respuestas que dá Armand, cuando fué llamado ante el magistrado instructor, despues que Roux lo hubo denunciado como su asesino. Armand dijo: «Permanecí desde las ocho y media de la mañana hasta las nueve y media en la alcoba de mi mujer, acostado en su cama.» Se llamó á la criada, María Hauterive, y María Hauterive declaró que fué á la alcoba de la señora de Armand á las ocho y media, y que Armand no estaba allí. «No estaba en la cama, porque habría sido imposible que no lo hubiese visto, y no lo ví. Y la prueba de que no estaba es que le oí tararear en su alcoba que está al lado.» Ved, pues, ya una prueba de que la *coartada* no es verdadera.

María Hauterive fué á casa del bañista para encargarle que preparase un baño, en cuya diligencia invierte algún tiempo. Vuelve, entra en la alcoba de la señora Armand para darle la contestación del bañista, y entonces es manifiesto que tampoco estaba allí Armand. La criada fué entonces á la cocina para ha-

cer la infusión que le había pedido la señora Armand. Cuando fué al comedor para tomar los objetos necesarios para servir la infusión, vió al señor, no almorzando, sino que, contra su costumbre le pedía pan. A las nueve y media, llama ella á la puerta de la señora Armand, que le dice: «No entrais.» Armand no podía estar acostado en aquella alcoba, porque se le había visto antes ya vestido en el comedor; la camarera no entró, pues en su discreción comprendió que no debía, y luego no volvió á ver á Armand.

Pero, yo pregunto, para cometer, no el asesinato, sino el delito que he indicado, esto es, para dar el golpe que recibió Roux, ¿necesitó Armand mas tiempo que María Hauterive para ir á casa del bañista y para preparar luego la infusión? Evidentemente que este tiempo fué mas que suficiente.

No quiero apartarme de la causa y reconozco la firmeza con que Armand negó el testimonio de María Hauterive. Dejaré, en cuanto de mí dependa, á cada hecho su fisonomía; pero, á pesar de toda la seguridad de Armand, no deja de resultar de las declaraciones del testigo y de las circunstancias, que la *coartada* es falsa é inexacta.

Ya recordareis, señores, que el testigo Biroteau os ha dicho: «A eso de las diez estuve en el despacho del señor Armand. Le vi llegar, venia por el boulevard, no parecía estar preocupado por nada, y se acababa de comer un pedazo de pan.» ¿No os parece, como á mí, señores, que ese almuerzo dura demasiado tiempo? Comienza, segun creo, á las nueve y concluye á las diez; es un desayuno, que precede al verdadero almuerzo, el almuerzo formal que tiene lugar á medio día. Así, pues, reflexionando sobre esta actitud de Armand, actitud que he estudiado mas atentamente de lo que él supone, me decia yo: ¿Pero no será esta mas bien la actitud de un hombre que comprende qué interés tan grande tiene en afectar tranquilidad, que comprende que toda su vida está en su mirada, en sus gestos, en lo que va á decir y que comprende que ante todo necesita salvarse? ¡Y la ley de la propia salvación es la suprema ley!

¡Ved, sin embargo, como habla de Mauricio Roux! Se inquieta por él, manda por el cerrajero para que abra la cochera y el cuarto que está en el piso superior; declaró que tenia un vago temor al

entrar en aquel cuarto y que temia no hubiese ocurrido un accidente.

Notad que el cerrajero no abre mas que la cochera y el cuarto de Mauricio Roux, y que despues se va á su casa. Pero al otro lado de la calle está la cuadra, y no se abre; notadlo bien, para que comprendáis el análisis que hago.

¿Cuál podía ser el motivo de las inquietudes de Armand? No tenia interés en conservar á Mauricio Roux, puesto que se proponia despedirlo dentro de algunos dias; podía mandar que lo buscaran en el sótano, y no lo hizo. ¿Cuáles son los peligros que Mauricio Roux podía correr? Conocemos sus hábitos, solo su castidad podía estar en peligro, su persona no corria ninguno. Se le vió á las ocho y media de la mañana en la cocina, y no se presenta á medio día. ¿Qué grito es el que naturalmente ha de dar su amo en tales circunstancias? Ha ido á hacer otra escapada, no vuelve á la hora de prestar su servicio, está bien. Pero los caballos que de este modo han quedado abandonados por un criado respecto al cual no se puede abrigar ningun temor serio, pero que, sin embargo, es buscado con solicitud, ¿dónde están, qué hacen? Para su servicio ha sido destinado especialmente Mauricio Roux. ¿Han abrevado? (Notad que era el mes de Agosto). El grito del amo en tales circunstancias, será éste: ¡pero ese desgraciado que de ese modo se va á correrla, que así se entrega al desorden, y no hace lo que debe cuando le pago y le mantengo, deja á esos pobres animales en la cuadra, sin agua y sin pienso!

No, Armand se disponia á hacer un registro en el cuarto de Mauricio Roux, mientras que al otro lado de la calle se hallaba la cuadra con los caballos, y no pensó en dar orden al cerrajero, que estaba presente, para que la abriese, puesto que Mauricio Roux se había llevado la llave.

¿No tiene esta observación verdadera importancia? ¿No indica la turbación que había en el espíritu de Armand? No podía estar hasta ese punto inquieto por su criado, aun cuando éste hubiera envejecido en su servicio, y sin embargo, no se preocupa de lo que naturalmente debía preocuparse. En autos consta que no por iniciativa de Armand sino por instigaciones de Malzac, otro criado, se envió á buscar

nuevamente al cerrajero para que abriera la cuadra y se pudiera cuidar á los caballos, y esto, ¡á las ocho de la noche!

Otra palabra sobre la actitud de Armand respecto á ciertos hechos indicados por la instrucción.

Cuando durante la noche, á eso de las dos de la madrugada, Mauricio Roux recobró los sentidos y en presencia del señor Biquet y de Malzac, designó á Armand como su asesino, que no protestaron, y que fueron á buscar y á despertar á Armand en su alcoba, Armand debería haber protestado enérgicamente contra las declaraciones de Mauricio Roux. No hace sino lo que todos habíamos hecho; no se levanta apresurado y no acude al señor procurador general para decirle: ¡ese individuo es un infame calumniador!.... Nada de eso. ¿No es su silencio de los mas significativos?....

Despues, cuando de día es llamado por el juez de instrucción, él, á quien se despertó para darle aquel aviso importantísimo, fingió la mas profunda estupefacción, la indignación mas súbita al oír de boca del juez la acusación dirigida contra él; y en punto á representar comedias creo que se ha mostrado mas fuerte de lo que la defensa ha podido suponer que era Mauricio Roux. Se echa dos pasos atrás, y dice: ¿Os bromeais quizás? ¡Eso no es posible!.... Contéstasele que la justicia no se chancea, se hace que se acerque á la cama, y continúa el careo.

¿No hay aquí otro sintoma que observar en este hombre, á quien vemos tan tranquilo en diferentes circunstancias, tan firme ante las miradas de sus amigos y de las visitas de su casa? ¿No hay en esta segunda actitud algo que hace nacer la sospecha de las especiales cualidades que puede tener para defender con el disimulo los enormes intereses de toda su vida comprometidos en este asunto?

Esto es imposible, dirán los defensores; pero no juzguemos á los demás por nosotros mismos, estudiemos las infinitas variedades de la especie humana con este aspecto original que á veces presenta, y recordemos que hay en este proceso algo de muy distinta manera imposible á lo que ahora llevo, y que es menester hacer constar perfectamente.

Cuando el careo en el hospicio,—y aquí Armand vá á retratarse no con una frase, sino con un hecho,